

DOS NÚMEROS POR SEMANA.

Recreo, moralidad, instruccion.

PRECIOS

MADRID.

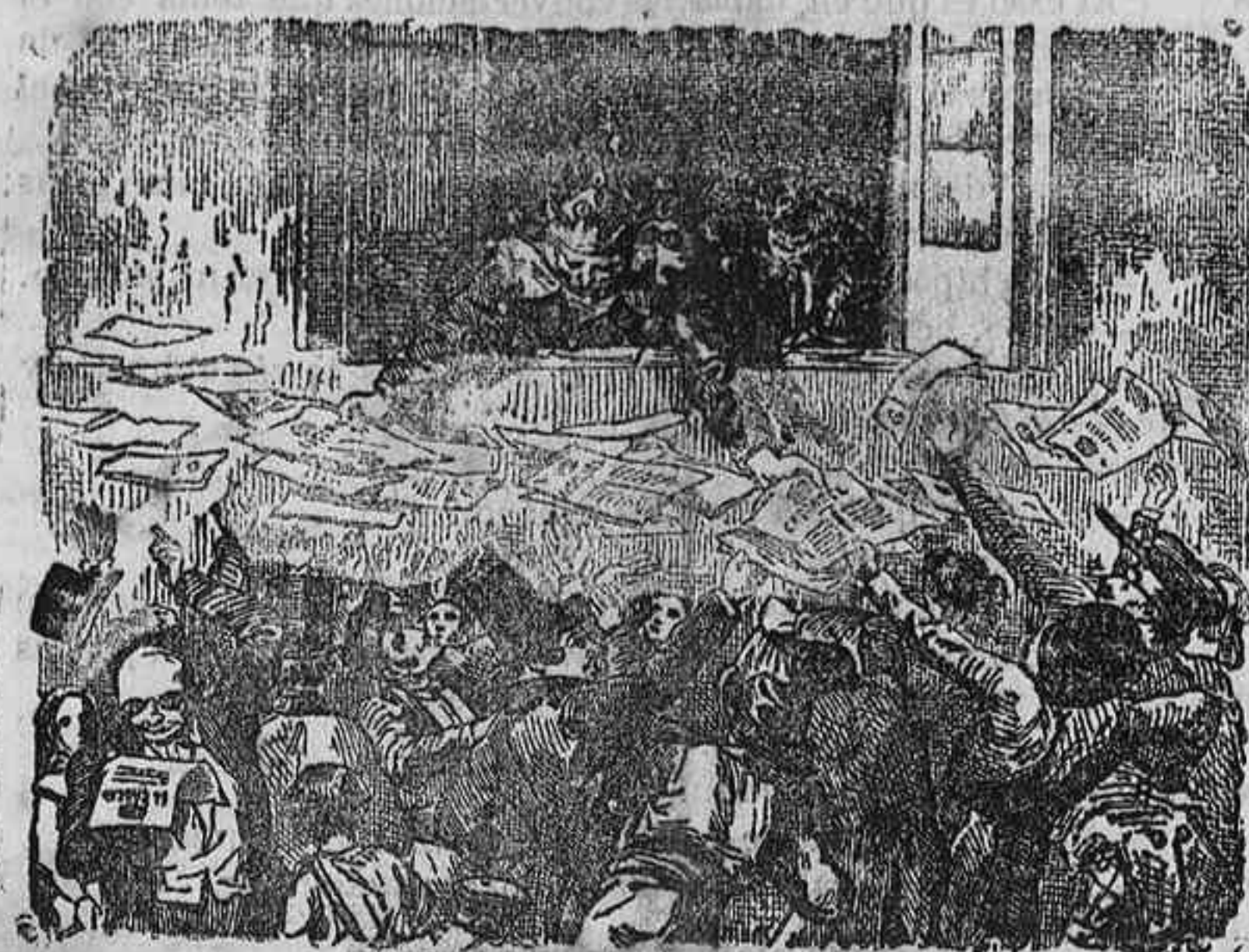
Tres meses. 9 rs.
Seis id. 16 »
Un año. 30 »

PROVINCIAS.

Tres meses. 10 rs.
Seis idem. 18 »
Un año. 34 »

DIRECCION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo.



REGALOS A LOS SUSCRITORES.

Literatura, ciencias y artes.

PRECIOS

EXTRANJERO.

Tres meses. 22 rs.
Seis id. 38 »
Un año. 74 »

Francia.— Pueden hacerse las suscripciones enviando a esta Administracion el importe en sellos franceses del correo. Se suscribe en la Habana: Propaganda literaria, calle de la Habana, núm. núm. 100.

AMERICA.

Seis meses. 33 rs.
Un año. 70 »

FILIPINAS.

Seis meses. 60 rs.
Un año. 100 »

ADMINISTRACION.

Calle de las Hileras, núm. 4, bajo

EL CASCABEL.

DIRECTOR PROPIETARIO D. C. FRONTAURA.

POLITICO Y LITERARIO.

ADMINISTRADOR D. F. PEREZAGUA.

El programa, los principios y los fines de EL CASCABEL, se encierran simplemente en el propósito de ponérselo al gato. Lo que fuere sonará.

COSAS DE MADRID.

—Pues señor estoy desesperado.
—¿Por qué?
—Porque no ha salido...
—¿Su número de V.?
—No, hombre.
—¿Pues quién había de salir?
—Mi primo, que aspiraba a ser diputado.
—¡Ah! pues tranquilícese V.; los diputados no salen nunca; lo que hacen es entrar.

—¡Voy a pegarme un tiro!
—¿Está V. desesperado?
—Sí señor.
—¿Por qué?
—Porque mi partido no ha triunfado en las elecciones.
—¡Ah, ya! ¡lo siente V. por sus ideas?
—No señor; lo siento porque se han quedado en las urnas todos los que habian prometido emplearme cuando vinieran a las Cortes.
—¿Qué lástima!
—¡Claro! Figúrese V. que son los hombres de más porvenir del partido.

—¿Qué habrá en el circo de Price que toca la música dentro?
—Algun *meeting* de hombres políticos.
—No... mire V., son fieras que se enseñan... y la entrada es barata.
—¡Para el caso lo mismo dá! aunque ver a los políticos cuesta mas aún.

—A mí me gustan mucho los dias de sol.
—Y a mí.
—Los paseos están tan concurridos...
—Y luego lo saludable que es pasear al sol.
—¡Pues! ¡Para lucir el traje!
—Enseñe V. higiene a las hijas de Eva!

—D. Basilio, veogo a proponer a V. un buen negocio.
—Veamos.
—Necesito 500 rs.
—Hasta ahora no veo negocio.
—Diré a V., me dará V. 500 y le firmaré un recibo de 1000.
—¿A pagar cuándo?
—Cuando me empleen.
—¿Qué es V.?
—Yo? Cesante.
—Entonces no hacemos nada: antes que los cesantes están los republicanos y los absolutistas, que ocupando por turno necesario el poder, tendrán que cumplir con sus amigos.
—¿Y si me hiciera republicano?
—Vuélvase V. por ahí cuando lo sea.

—Pues señor, la libertad de teatros, es una gran cosa.
—Pues qué, ¿no la teniamos?
—No señor.
—Francamente, yo iba cuando me acomodaba, y cuando no, no iba.
—No es eso.
—¿Pues qué es?
—La libertad de teatros es el derecho que tienen las empresas de ofrecer al público el espectáculo que mejor le parezca. Esto es; antes no podia haber ópera mas que en el teatro de la plaza de Oriente; ahora pueden todos los empresarios ofrecer ópera si quieren.
—¡Pobre teatro español entonces!
—Si está muerto, lo natural es que le canten.
—Le digo a V. que mientras no haya libertad de cultos, no

vendrán extranjeros, no traerán capitales y estaremos en la miseria.

—Está V. en un error.
—Pues ¿por qué no viene?
—Por la sencilla razon de que saben que los negocios dan lugar a pleitos, y que los pleitos en España son el cuento de nunca acabar, mientras hay fondos para papel sellado, los abogados, los escribanos y demás satélites suyos.
—Eso es verdad, pero...
—Créame V., que la justicia simplifique sus hoy costosos y largos procedimientos, que haya seguridad individual, y vendrán extranjeros protestantes, judíos y hasta mahometanos.

—Una prueba de que los catalanes no son proteccionistas, la tiene V. en lo que acaban de hacer.
—¿Qué es lo que han hecho?
—¡Toma! votar la república como unos señores.
—En efecto, no deben ser proteccionistas, porque la república quiere la práctica de todas las libertades; pero ¿sabe V. lo que sucedería en España si se adoptase la completa libertad de comercio?
—Que compraríamos por poco precio los géneros extranjeros.
—Lo que sucedería sería que tendrían que cerrarse todas las fábricas, y con los millares de operarios que hoy viven de ellas, se verían obligados a cavar la tierra, lo cual es difícil, porque el operario de fabrica acostumbrado a ganar buen salario, no puede conformarse con el salario ni con el trabajo del labrador. De aquí una gran masa de ociosos, que daría que hacer bastante a la justicia. Esto sin contar con que España quedaría al nivel de las repúblicas hispano-americanas, que tienen que comprar en el extranjero hasta las escobas si quieren que sus casas estén aseadas.

—¿Qué saldrá de este gran lío?
—Dios sabe.
—¿Saldrá la monarquía?
—No sé que le diga a V.
—¿Saldrá la república?
—Ella bien quiere, pero...
—Entonces ¿qué saldrá?
—Lo que fuere sonará. Por de pronto, crea V., que V. y yo, que somos constituyentes, saldremos como siempre, con las manos en la cabeza.

FLORES DE UN DIA.

El número de los inocentes es mucho mayor de lo que generalmente se cree.

Por el afán de figurar, por satisfacer una venganza, por hacer carrera ó por otras mil razones todas igualmente *desentendibles*, pero por desgracia igualmente atendidas, pierden muchos la tranquilidad, la dicha, la vergüenza y el dinero.

Desde que se ha dado en decir que la prensa es un poder del Estado, y todos hemos convenido en que es un arma, son muchos los que han querido y quieren todos los dias proveerse de un periódico como quien se provee de un *revolver*.

De aquí la infinidad de periódicos que pululan por todas partes.

Se reunen en un café cuatro aprendices de literato, que por mas esfuerzos que han hecho no han logrado nunca que un empresario les ponga en escena una comedia, ó que un editor les compre una novela, lo cual prueba que editores y empresarios tienen mas talento de lo que generalmente se cree.

Pues señor, el caso es que nuestros *literatos* están que trinan. Cada vez que ven el anuncio de un libro nuevo, ó del estreno de una comedia, falta poco para que les dé un patatús.

Las noches de primera representacion, por nada del mundo dejan de ir al teatro, donde procuran *matar* la comedia, tosiendo en las escenas mas interesantes, chicheando cuando llaman al autor y hasta dando alguno que otro silbido, si encuentran ocasion oportuna.

Pero como todo esto no basta para impedir que las obras de verdadero mérito tengan el éxito que merecen, los pobres chicos no saben cómo desahogar su rabia, hasta que el mas listo de ellos propone que se funde un periódico.

La idea es acogida con entusiasmo. Al dia siguiente, todos se ponen en movimiento. Compran un par de resmas de papel, si es posible sin pagarlo mas que en promesa, y buscan un impresor que va a ser el verdadero víctima de su hidrofobia literaria.

Luego que ya tienen imprenta, proceden a publicar el primer número de *La Avispa* (no hay inconveniente en que así se llame).

En él no hay talento, ni ingenio, ni literatura; pero hay insultos para todo el mundo.

Los muchachos, el dia de su publicacion, andan por esas calles tan satisfechos, creyendo que todo el mundo repara en ellos.

Pero ¡oh dolor! no logran vender mas que dos *veinticinco*.

Del segundo número se venden diez ejemplares. Del tercero, cuatro que compran en el café los redactores, que tienen tal afán por ver en letras de molde los partos de su ingenio, que no tienen paciencia para aguardar a leerlos en su casa.

Al ir a publicar el cuarto, presenta el impresor la cuenta, y con efecto no se la pagan, de resultas de lo cual muere el periódico, y sus redactores tienen el gusto de no poder quitarse de encima al papelista y al dueño de la imprenta, que no les dejan a sol ni a sombra, hasta que al cabo de un año de idas y venidas, y despues de varios juicios de conciliacion y otras menudencias, logran cobrar aquellos reales, que mas les valian a sus dueños haberlos empleado en una comida de fonda, que no en imprimir un papel que nadie ha leído y no les ha producido mas que disgustos.

Pues hay otro tipo de fundador de periódicos que tambien merece estudiarse.

Este es algun propietario bien acomodado, ó algun honrado fabricante ó tendero de ultramarinos a quien tienta el demonio de la ambicion, valiéndose de un gacetillero que le hace el amor a su hija, y logra persuadir a su futuro papá suegro, de que debe figurar en política y hacerse diputado, por cuyo camino no puede menos de llegar al ministerio.

Para lograr tan brillante resultado, no hay nada como fundar un periódico político diario.

El pobre hombre se convence y el gacetillero se encuentra de pronto convertido en director del nuevo órgano de la opinion pública.

Aquí nada se toma al flado. Se establece una redaccion bastante decente.

Se tiran multitud de prospectos; pero como el nuevo diario nada significa, nada representa, no viene a responder a necesidad alguna, nadie se suscribe a él.

Esto no obstante, la publicacion comienza.

El bueno del ex-tendero paga con puntualidad todas las semanas unas cuentas que le hacen temblar; pero que satisface con gusto, porque cree que son el fundamento de su futura prosperidad, hasta que al cabo de cinco ó seis meses sucede una de estas cosas:

O el gacetillero es un muchacho listo, que en ese tiempo ha hecho buenas relaciones, ha intimado con algun ministro y ha pescado un buen empleo, en cuyo caso se hace cargo de la propiedad del periódico, ó propone a su dueño que lo suspenda, sin hablar por supuesto una palabra de casamiento.

O el gacetillero es un tonto, y el que iba a ser su suegro, cansado del papel de caballo blanco, mata el periódico y por poco desloma a su director de un estacazo, cuando éste viene a pedirle la mano de su hija.

En ambos casos el tendero se queda con la chica soltera y cinco ó seis mil duros menos en el bolsillo.

Como hay tantos aficionados a vivir sin trabajar, no faltan algunos que se echan un periódico a la cara como si fuera un trabuco, y con él dan a todos los que encuentran al paso el tre-

mendo grito que las facinerosos han hecho célebre en todos los caminos:

La bolsa ó la vida.

No hay mas diferencia, si no que estos suelen decir:

La bolsa ó la honra.

Los caballeros á que nos referimos suelen fundar periódicos de intereses materiales.

La mayor parte de estos periódicos son otras tantas baterías asestadas contra las cajas de las sociedades de crédito.

Entre sus fundadores nunca falta alguno que conozca los secretos de una ó varias de esas sociedades, ó de algun banquero conocido.

Generalmente el tal ha sido dependiente de la casa y es conocedor de ciertos gatuperios.

En ese caso, el negocio es sencillísimo.

En el primer número se dice una reticencia acerca del asunto en cuestión.

En el segundo se aventura una pregunta más ó menos intencionada.

En el tercero se levanta una punta del velo que encubre el misterio.

En el cuarto... en el cuarto suele decirse que la redacción ha examinado perfectamente el asunto de que se trata, y que no hay en todo él nada que no sea digno del buen nombre de la casa que lo hizo. Algunas veces suele morir el periódico.

Su fundador ha pagado á su patrona, se ha vestido de nuevo, y lleva en el bolsillo del chaleco un buen reló de oro.

Algunas veces, en lugar de lograr esta prosperidad, lo único que logra es que le peguen una paliza, ó le formen una causa por injuria y calumnia.

Hemos concluido, pero antes de terminar, como el asunto es de suyo espinoso, queremos repetir aquellos versos del fabulista:

A todos y á ninguno
mis advertencias tocan,
quien por ellas se ofenda
con su pan se lo coma.

VIDAS DE HOMBRES CÉLEBRES.

III. CAÍN.

Hoy tenemos que ocuparnos de este personaje, poco agradable, que figura también en primera línea entre los hombres más célebres que han existido.

¿Quién no conoce á Caín? ¿Quién no pronuncia su nombre con repugnancia?

Y sin embargo, como Vds. van á ver, Caín era un pobre chico que no merece tanto rigor.

Voy á esforzarme en hacer una defensa suya, á trueque de que muchos moralistas se escandalicen.

El jóven Caín, que tampoco tenía apellido conocido, aunque bien podía llamarse D. Caín de Adán y de Eva, porque era hijo de aquellos sugetos, se nos presenta en los primeros días del mundo haciendo todas las trastadas imaginables. Desde su más tierna edad demostró sus instintos destructores, que no bastaron á dominar ni las miradas furiosas de su papá, ni las reconvenciones dulces de su mamá.

No iba nunca á la escuela (¿cómo había de ir!); se revolcaba por el suelo cuando no le dejaban comer alguna lagartija, y le daba cada puñetazo á su hermano Abel, que cantaba el credo, digo no, porque el credo no se conocía entonces.

Siempre había disgustos en casa de Adán por este chico, que había sacado aquel génio tan diabólico.

Adán le estaba diciendo á cada paso:

—No sé á quién te pareces; ¿no ves á tu hermano qué bueno es?...

Y esto ponía furioso á Caín, que odiaba á su hermano con los cinco sentidos.

Pues señor; fué creciendo la criatura, y con la edad fueron tomando creces las malas pasiones, que el Sr. de Luzbel había sembrado en su alma.

Ya no era posible contrariarle en lo más mínimo, y llegó á ser tan remalo, que Adán decía á cada momento á su mujer:

—Este niño ha sacado todo tu carácter. Bien dicen, que tales padres tales hijos. Tú fuiste la que nos perdiste cogiendo aquella manzana, que desde entonces se llama camuesa, por lo camueso que fuí yo al aceptarla. Por tu causa nos echó aquel angelito, con aquella espada de fuego, del Paraíso terrenal, y solo por tí nos vemos ahora llenos de disgustos, andando de acá para allá, y teniendo que trabajar para comer. Eres muy perversa, Eva, y Caín te se parece en todo.

—Anda, le contestaba Eva, que si el chico es malo tú tienes la culpa. Si me hubieras creído, con encerrarlo en el cuarto oscuro unas cuantas veces, y teniéndole á pan y agua, todo se hubiera conseguido.... Pero eres tan débil...

—Qué débil, ni qué ocho cuartos.—Si tu me dices dónde está ese cuarto oscuro y eso que llamas pan, no tengo inconveniente en complacerte...

Y aquellas discusiones se acababan siempre mal, y estaban nuestros primeros padres, de monos, lo menos una semana.

Mientras tanto, el jóven Caín se fué haciendo de la piel del diablo, y con el tiempo llegó á ser un mozo cruo, que hacía temblar á sus mismos padres.

Y como tenía unas intenciones tan malévolas, siempre estaba incitando á su hermano Abel para irse por aquellos alrededores á correrla, ó á fumar un puro del estanco sin que los viera su papá. Pero Abel, que era un bendito de Dios, no quería seguir á su hermano en aquella senda, y siempre le echaba sermones y le recordaba trozos de oradores sagrados, todos *ad hoc*.

Esto enfurecía á Caín y juró más de una vez (si es que entonces ya se conocían los juramentos), romperle el bautismo á su hermano; es decir, el bautismo no le podía romper tampoco, porque aun no estaba establecido.

El caso es que en todas las conversaciones que tenía con el simpático Abel, procuraba Caín hacerle pecar, y lo insultaba de mala manera, para ver si conseguía su objeto; pero nada; Abel era mas cachazudo que Job, y todo lo sufría con paciencia.

Veán Vds. un modelo de las conversaciones que tenían estos apreciables hermanos:

—Anda hipocriton, le decía Caín; no te puedo ver ni pintado.

—Calma, hermano; no seas así.

—¿Te figuras que no sé que por las noches te vés al huerto y te pones á comer dátiles?

—Eso no es verdad.

—¿Y que le quitas á papá los habanos?...

—Eso no es cierto.

—Algun día pagarás lo que me haces rabiar. A tí siempre te están mimando, y á mí, si vuelvo un poco tarde á casa por las noches, ya tengo paliza segura.

—Porque no eres bueno.

—Me darás el ejemplo tú.

—Vaya, hermano, me voy, porque tengo que estudiar.

—Lo que tienes es un miedo como una catedral.

—¿Yo?

—Sal ahí fuera, si eres hombre.

Y Abel se volvía á su cuarto, y rezaba á Dios por Caín.

Fuó pasando el tiempo, y un día, despues de haber consultado Caín con la almohada lo que debía hacer con su hermano, se acercó á Abel y le dijo:

—Hoy hace muy buen día... ¿Vamos á dar una vuelta? Estará el paseo muy concurrido.

—Vamos, contestó Abel.

Y se fueron por unos despeñaderos, porque por aquel tiempo no se usaban otra clase de caminos. Cuando llegaron á un sitio solitario, que todos lo eran, Caín le dijo á su hermano, con una voz de bajo profundo:

—Chico, me apestas; ya te he dicho varias veces que no te puedo tragar.

—Pero, hermano mio, ¿tengo yo la culpa?

—Si, la tienes; porque eres tan santurrón, que me irritas con tus virtudes.

—Dios manda que seamos buenos.

—Mira: déjame en paz y disponte á morir.

—Pero Caín, por Dios...

—Repito que vas á morir. Ea, elige armas; las que quieras acepto. ¿Prefieres el sable ó la pistola?

—No digas eso...

—¡Ah! Conque no te quieres desafiar? ¡Cobarde! Ponte de rodillas y reza, si es que sabes.

Y Caín fuera de sí, no teniendo á mano ningún cuchillo, ni otra clase de armas, tendió su vista en derredor, y divisando á lo lejos una quijada de un burro, la cogió, y descargó tan tremendo golpe en la cabeza de Abel, que este murió sin decir Jesús.

Entonces Caín recapacitó un momento, y al ver exánime á su hermano tuvo miedo y huyó á ocultar sus remordimientos en alguna cueva probablemente.

Comprendió que había hecho una barbaridad, y según unos, se murió de pesadumbre, y según otros se suicidó. Otros dicen que se escondió en seguida, porque vió un polizone con sombrero de castor.

Figúrense Vds. qué desazon para los padres cuando llegó la hora de comer y no volvían los chicos. Estuvieron buscándolos por todas partes, y al fin tropezaron con el cadáver de Abel.

Renuncio á describir la escena que allí tuvo lugar. Básteles saber á Vds. que Adán y Eva lloraron como Magdalenas, al saber el fin desastroso de Abel y el crimen cometido por Caín.

—Yo me tengo la culpa, decía Adán; si desde pequeñito hubiéramos metido á Caín en los Padres Escolápios, otra cosa sería...

Ahora bien, señores; ¿Vds. creen que Caín es tan criminal como se le supone?... Pues no señor. Si bien es cierto que por haber nacido por aquel tiempo, ha conseguido llegar á figurar el primero en la lista de todos los homicidas del mundo, esto mismo le sirve de disculpa.

¿Qué sabía el pobre Caín de leyes, ni de deberes?... No había por aquel tiempo ni un mal colegio donde le dieran una ligera noción de moral. Se crió como le dió la gana, sin saber leer ni escribir, y como el Sr. de Luzbel tenía tanto empeño en perder á los hombres, se apoderó por completo del alma de aquel muchacho y lo volvió tarumba y le enseñó á ser criminal.

Y la prueba mejor de que el jóven Caín no sabía lo que se pescaba, está en lo desesperado que estuvo despues de cometer el fratricidio.

Por lo demás, no deja de ser doloroso, y lo será para él seguramente, que cada vez que se comete un crimen en el mundo, nos acordemos de Caín, cuando este infeliz muchacho no tiene otra contra, que la de ser el primero que introdujo esta mala costumbre. Si hubiera nacido en la época actual, al poco tiempo de matar á su hermano, nadie se acordaría de él; pero como tuvo la desgracia de ser el primero, siempre se le cita como modelo. Hoy, con la política y otros asuntos nos ocupamos poco de estas *frioleras*; y en su época me consta que su delito causó gran sensación.

Conste, pues, que Caín obró mal y recibió su mejor castigo en sus remordimientos; pero conste también que si hubiera sido mejor educado, tal vez no se habría atrevido á ser el primer fratricida del mundo.

No me ha enviado nunca su retrato, y por esto no me es posible dar á mis lectores una idea de su fisonomía. Lo he visto varias veces en alguna librería, grabado en acero y con una especie de túnica; pero creo poder asegurar que eso es capricho del dibujante, porque no ha llegado á mi noticia que en aquel tiempo se estilasen los tejedores.

En un próximo número tendré el gusto de presentaros, lectores estimabilísimos, á otro personaje de la antigüedad, al caballero NOE.

RICARDO SEPÚLVEDA.

El martes próximo se estrenarán en el teatro de Jovellanos á beneficio del primer actor cómico D. Emilio Mario, dos comedias nuevas originales en un acto y en verso, tituladas: *República ó monarquía* y *La libertad de enseñanza*; ejecutándose además el proverbio *Huyendo del perejil*, por la señora Lamadrid y el señor Tamayo, y la zarzuela bufa *Pascual Bailon* que desempeñarán el Sr. Arderius y el cuadro de su compañía, por un obsequio especial al beneficiado.

La función promete ser divertida y muy á propósito para olvidar por un rato los sinsabores que nos da la pícará política. No faltaremos.

El Sr. Sanson, según dice un periódico, ha dejado de pertenecer á la redacción de *Las Novedades*.

No hay que decir si con tal motivo habrá perdido fuerza dicho periódico.

El mismo periódico pregunta: ¿Serán las Cortes, será la nación ó será el gobierno quien determinará la persona que ha de ocupar el puesto de jefe del Estado?

No cabe duda alguna de que deben ser las Cortes; pero vaya usted á averiguar lo que sucederá en un país donde ocurren tantas anomalías.

La señora que fué nuestra amada soberana, convidó el otro día á comer á su primo mi tocayo D. Carlitos.

¿Quién los había de decir hace ocho meses á estos apreciables nietos de cien reyes que habían de comer juntos este año?

El *Times* dice que no nos conviene ni la república federativa, ni la unitaria, ni la monarquía liberal, ni menos á un rey aceptado por el ejército.

¿Pues qué será lo que nos conviene? Yo creo que respecto de este punto, los españoles y el *Times* estamos iguales, es decir, no lo sabemos.

El periódico inglés añade: «Si algun personaje político de España logra hacer brotar la luz de estas tinieblas, será el bienhechor de su patria.»

¿Dónde estará ese personaje? Si se lo preguntáramos á los periódicos, cada cual nos lo designaría á su gusto.

Pero la opinión pública verdadera no ha dicho aun: «esta boca es mía.»

El periódico republicano *La Igualdad*, ha dicho que prefiere la vuelta de doña Isabel de Borbon antes que el entronizamiento del duque de Montpensier.

Me parece que entre todos los partidos darán gusto muy pronto al colega republicano.

Como si no bastase la larga lista de candidatos al trono, ayer propone un periódico que se cuente también con los norteamericanos Johnson y Jefferson-Davis.

¿Parece cosa de juego! ¿Con tal de que no tengamos luego que llorar! ande la broma.

Conste que lo que EL CASCABEL ha hecho únicamente, al tratar de la candidatura de Montpensier, ha sido lamentar que se insulte y se haga una guerra de mala ley á una persona que merece ser tratada con respeto.

EL CASCABEL no patrocina candidatura alguna para el trono. Todas las harán imposibles los politiquillos.

Lo que EL CASCABEL cree firmemente es que la intransigencia y las exajeraciones, etc., etc., de los monárquicos de Aosta, de D. Fernando de Portugal y de otros reyes de menor cuantía, traerán al fin y al cabo la restauración ó la república.

Los vencedores de la dinastía caída, tan bravos en la batalla, han sido luego tímidos en demasía.

Las consecuencias al tiempo.

Estos días han publicado los periódicos un sueltito anunciando al ilustrado público que varios señores muy apreciables no han sido presentados por ningún colegio ni incluidos en las candidaturas para diputados á Cortes, á pesar de pertenecer al comité de conciliación.

Entre esos apreciables señores se cita al apreciable director de EL CASCABEL, que soy yo, y me ha extrañado mucho que haya quien se estrañe de que á mí no me hayan facilitado votos, cuando á mí no me ha estrañado de ninguna manera, ni se los he pedido á nadie, ni he hecho diligencia alguna, ni dado un paso siquiera para ser diputado.

Conque no tiene nada de particular que no me hayan votado.

Y no crean Vds. por eso que estoy con cuidado; al contrario.

El pan ha empezado á bajar de precio. Apreciables señores tahoneros, á tan buena noticia, no hace falta otra cosa sino que Vds, añadan un

(Se continuará).

Parece, ¡ojalá sea cierto! que por el Ayuntamiento de Madrid se proyectan grandes obras.

Una de ellas es la edificación de cuatro barrios para habitación de artesanos y clases poco acomodadas.

Ninguna obra sería tan bien acogida como esta.

Los pobres jornaleros viven ciertamente en la mayor estrechez, con la mayor falta de condiciones higiénicas, y por precios mucho mas altos de lo que pueden soportar.

Segun despachos que se han recibido en esta capital, se han verificado muchos nombramientos carlistas.

Yo tambien he hecho algunos nombramientos que deberan llamarse de igual modo por la sencillísima razon de que mi nombre es Carlos.

Entre ellos figura el de mi cocinera, mandadera, costurera, planchadora, y algunos otros por el estilo.

Un jóven jardinero fué llamado á cultivar una hermosa y estensa heredad.

A su llegada se estremecieron de terror los árboles de la heredad.

Los nuevos agitaron sus nacientes ramas, en las que empezaba á germinar la flor que ofrecia el fruto, y se dijeron:

—Nos vá á talar, porque no le somos de ninguna utilidad.

Los árboles viejos agitaron su espléndida cabellera llena de sombra y de misterio, y dijeron:

—Nos vá á cortar, porque le estorbamos.

Pero el dueño de la heredad intervino, diciendo al jardinero:

—Cuidarás mucho de los arbolitos jóvenes, porque mas tarde te darán buen fruto si los cuidaste bien, y malo si los cuidaste mal; y cuidarás tambien mucho de los árboles viejos, porque te darán sombra y abrigo.

Este apólogo puede tener su aplicacion en la situacion política en que vamos á entrar.

En las elecciones, el pueblo es el que ha dado, en general, pruebas de cordura.

En Inglaterra y en los Estados- Unidos suelen venderse los votos.

En España no puede suceder eso nunca.

Los candidatos, los políticos, han sido los que han acudido á todos los núcleos; por ahí hemos visto carteles, faroles, prospectos, en fin, todos los medios de publicidad á que suelen acudir los comerciantes que anuncian belenes, baratos ó liquidaciones.

Solucion al del número 476, correspondiente al domingo 17 último:

La pasion te arrastra,
mira do pones
los ojos, hijo mio,
despues no llores.

En nuestra Administracion se vende á 2 rs. el Manual del voluntario de la libertad, muy útil para todos los individuos de aquella institucion.

El autor del utilísimo libro El guia del buen ciudadano, ha dis-

puesto que los suscritores de El Cascabel puedan adquirirlo por mitad del precio, pidiéndolo á esta Administracion.

Así, pues, podemos ofrecer ejemplares de esta obra que consta de diez pliegos de impresion, encuadrada, á 2 rs. en Madrid, y á 3 para provincias.

HISTORIA DE LA VILLA Y CORTE DE MADRID.

Los suscritores de esta lujosa publicacion que por diversas causas no concluyeron la obra, tienen ahora la ocasion de completarla; pues quedando á la empresa un pequeño número de ejemplares incompletos, ha dispuesto vender los tomos sueltos á 6 duros cada uno.

El valor de toda la obra, que consta de cuatro tomos, es 36 duros.

Los pedidos, calle Amanuel, 21, principal, ó Palma, 55, tercero izquierda, de tres á seis de la tarde. Al administrador de la obra.

Provincia de Alava.—Se halla vacante la plaza de médico-cirujano de la villa de Lanciego, compuesta de 240 vecinos: su dotacion consiste en 3600 reales anuales, por la asistencia de 21 familias pobres, quedando libre el facultativo para ajustarse con los demás vecinos: las solicitudes se dirigirán al alcalde de esta villa en el término de treinta dias, contados desde la insercion de este anuncio en el Boletín de su provincia.

Lanciego 12 de enero de 1869.—El alcalde, Timoteo Mendieta.

COMUNICADO.

Sr. director del periódico EL CASCABEL.

Muy señor mio y de mi mayor respeto: ruego á V. dé lugar en su apreciable periódico á la adjunta carta que dirijo al de A la una.

Su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

Vicente Lopez y Lopez de Lerena.

Sr. director del periódico A la una.—Muy señor mio y de toda mi consideracion: en su número primero he visto un artículo que se refiere al Ilmo. Sr. Pinedo, director general de bienes del patrimonio, y mi persona como rector de Atocha, patronato de la corona de España por la real cédula que cita y clausula de reversión posterior. No puedo menos de protestar ante Dios y los tribunales de los hombres, que ha sido V. mal informado en los hechos denunciados, y el testimonio auténtico de la falsedad de estos, se encontrará en su dia en los inventarios verificados ante notarios públicos con confrontacion de los libros de donaciones, fábrica y antiguo inventario, el uno bajo la presidencia en octubre próximo pasado del Sr. D. José Cristóbal Sorná, representante de la junta suprema revolucionaria y el Sr. D. José Guijalvo de la del Congreso, y el otro bajo los Sres. D. José Seco, propietario, D. Juan Medina y D. Mariano Soldevilla, identificados todos con la presente situacion.

Respecto á cuanto dice sobre mi amistad con todos los gobiernos y direccion del hospital de cigarrerías, bien saben estas y las señoras de la junta, que tengo presentada mi dimision; pero no habiendo encontrado sacerdote, que como yo, gratuitamente la sirva, me he visto en la necesidad de continuar, con perjuicio de mis intereses, pues no tengo corazon para abandonar esta fundacion benéfica y cerrar su hospital. Esta es la causa por la cual soy considerado por el gobierno de hoy, como lo fui ayer y lo sere del de mañana. Pudiéndome gloriarse hasta el dia de no haber pertenecido á ninguna bandera política, tanto en esta capital, donde he trabajado, como en Toledo donde fui párroco y catedrático.

Solo me resta exponer al conocido autor, á quien perdono, que si en su encono y su venganza quiere clavar nuevamente el puñal de la calumnia é invencion sobre mi honra, tenga presente: que hiere á la par el porvenir de mas de 3000 familias que viven en la confianza de mi honradez y laboriosidad, y son pobres desvalidas, hijas de pueblo, dignas de la proteccion de todos los gobiernos, de la consideracion y respeto del pueblo de Madrid. Su atento y S. S. Q. B. S. M., Vicente Lopez y Lopez de Lerena. Madrid 18 de enero de 1869.

GEROGLÍFICO.



Imprenta de EL CASCABEL, á cargo de Diego Valero, Hileras, 4.

FOLLETIN DE EL CASCABEL.

tenido que devolver el que tomase un napoleón de D. Ramon por un año.

No hacia operaciones á largo plazo, en intentos por supuesto de sus clientes, á quienes no queria poner en el conflicto de no poder pagar una cantidad crecida, y casi todos los préstamos los hacia por un dia, ó cuando mas por una semana.

Sus clientes pertenecian todos á la honrada clase de vendedores ambulantes, y todas las mañanas acudian á su cuarto verduleras, naranjeras, escaroleros, fruteros, etc., etc., á recibir un napoleón ó dos para comprar en el mercado, y por la noche volvia á pagar el capital y los intereses.

Alguno caia en la cuenta de que aquella industria era un comercio muy parecido al robo, y le solia llamar ladrón con to las sus letras; pero D. Ramon tenia alma grande y ni se picaba ni se corria, porque como él decia, si se pensara en la ingratitud, no se haria un favor á nadie en el mundo.

D. Ramon tenia fama de muy rico y era muy devoto.

Despues que hacia sus negocios por la mañana, salia de casa y se dirigia á la iglesia de San Lorenzo, donde oia dos ó tres misas con mucho fervor, dándose tremendos golpes de pecho, y aun se le vió más de una vez besar el suelo y dirigirse de rodillas y con los brazos en cruz desde el pórtico de la iglesia hasta el altar mayor.

Esta devocion le habia hecho ganar las simpatías de una vecina, que vivia en el cuarto de santidad, y que era una mujer tenida en olor á las cosas de nuestra santa madre la Iglesia. Habia sido ama de un teniente cura, y muerto éste se habia retirado al cuartito de la calle del Tribulete, donde vivia tan sóbria y modestamente, que jamás se le vió traer provisiones de boca, y su modesto ajuar consistia en una cómoda vieja, una conuecopia viejísima, cuatro sillas y el sillón que habia sido del teniente cura, que la hacia llorar todos los dias al buen cristiano que fué su amo, al que habia conservado afecto singular, como que dentro de aquel sillón habia hallado la buena mujer unas cincuenta onzas muy bien

colocadas, propias del difunto, cuyas onzas, despues de permanecer algun tiempo en el cinturón con que la devota sujetaba á su talle el vestido de hábito que usaba, habian pasado á poder de D. Ramon, en calidad de depósito y para que las hiciera productivas porque el dinero parado no sirve de nada. y era una lástima, cuando con él se podia hacer bien á los pobres, tenerlo muerto de risa en el escondite.

D. Ramon y la señora Maria se avenian muy bien, y si no vivian en un mismo cuarto, no era por otra cosa sino por evitar murmuraciones de lenguas maledicentes, y porque la devota todavia se conservaba fresca y lozana, á pesar de sus cincuenta años.

Doña Maria, que así se llamaba, tenia las mejores relaciones, y era muy estimada en todos los conventos de Madrid, y todos los dias los visitaba, encargándose de las compras que le encargaban las monjitas y sirviéndolas en cuanto le querian mandar.

Sus intenciones habia tenido ella de meterse monja, pero D. Ramon se lo habia quitado de la cabeza, haciéndola comprender que una mujer debe probar su virtud fuera del claustro, porque así la prueba es mas difícil, y por lo tanto la virtud mas meritoria.

Además, teniendo cincuenta onzas de capital, podia aspirar á hacer honradamente de cada onza mil duros, y en teniendo reunida una buena cantidad, ¿quién la quitaba la gloria de fundar ella misma un convento y hacerse abadesa y priora y todo lo que quisiera?

Y todo el afán de doña Maria era reunir dinero para hacer un convento y ponerse á la cabeza de una comunidad.

La intencion no era mala, pero la pobre mujer no la pudo realizar. Muchos años estuvo siendo cómplice de la bárbara usura que imponia D. Ramon á sus parroquianos, y al fin se quedó sin sus intereses, y lo que fué peor, sin su capital.

Y no crean Vds. que D. Ramon se lo robó, nó, señores.

La maldad política se llevó aquel dinero, aunque parezca mentira, y ya se dirá cómo.

Otro de los vecinos del piso principal era un hombre misterioso, que tenia alquilada

EL HIJO DEL SACRISTAN

aquella habitacion, y pasaba, sin embargo, la mayor parte de las noches fuera de ella, y daba lugar á sospechas, muy justificadas por cierto. Quien le veia entrar por la noche con la cara limpia y recién afeitada, le veia salir por la mañana con unas barbas como las de San Anton, y cuando volvia otra vez ya traia la barba rúbia y rizada como la de un inglés, y á las dos horas se le veia con unas patillas de chuleta negras y hermosas como las de un picador de toros. Unas veces se vestia elegantemente y otras parecia un cesante de lo mas averiado de tan respetable clase; no era extraño verle salir con capa en el rigor del verano y en mangas de camisa y gorra en el rigor del invierno.

Todas estas rarezas llamaron la atencion de la vecindad y se hicieron mil comentarios acerca de la vida y los nombres de aquel hombre, conviniendo todos los vecinos en que debia ser pájaro de cuenta, y no faltó alguno que indicó la idea de poner en autos á la autoridad; pero la mayoría de los vecinos tenia una decidida aversion á la autoridad y no queria verla en aquella especie de república federal, que odiaba todas las tiranías y para la que toda autoridad tenia cara del mismísimo demonio.

El misterioso personaje supo que se hablaba de él, que se comentaban sus entradas y salidas y que se le consideraba un hombre peligroso, y una mañana reunió á todo el vecindario que quiso oír sus explicaciones, y le habló de esta manera:

—Me han dicho que aquí se habla de mí, y que dicen Vds. que si soy esto ó lo otro, y si entro y salgo, y si voy ó vengo, y me visto así ó asado.

Todos guardaron silencio.
—¿Es verdad todo eso?
—Lo que es yo...
—Yo le diré á V...
—Por mí...
—¿Y á mí qué?...
—Como gasta V. tanta jantesía...
—Yo no he abierto mi pico.

Estas y otras contestaciones tan categóricas recibió el hombre misterioso, que continuó:

—Pues bien, voy á decir á Vds. quién soy yo.

—A ver, á ver.

—Yo soy quien puedo y quien me dá la gana; salgo cuando se me antoja y vengo cuando me parece conveniente; me visto como quiero, y vivo de lo que como y como lo que me gusta. Conque ya saben Vds. quién soy yo.

Todos se miraron y quedaron convencidos.

—Y solo una cosa tengo que advertir á ustedes, que al primero que sepa que habla de mí le pego un tiro.

Y sacó un revolver atroz.

—Y otra cosa; que Vds. no saben nada de mí, pero yo sé la vida y milagros de muchos de los que me oyen, y los puedo meter en la cárcel cuando se me antoje. Conque mucho ojo.

El ilustrado concurso quedó plenamente convencido de que aquel personaje era un caballero, y cada cual se metió en su cuarto resuelto á no volver á ocuparse en averiguar vidas ajenas, sobre todo de personas capaces de pagar un tiro al lucero del alba, como parecia serlo aquel señor.

A esta casa condujo el desconocido al hijo del sacristan.

En el fondo del patio habia una puerta cerrada, á la que se dirigió el acompañante del hijo del sacristan, y este por consiguiente, puesto que aquel le llevaba fuertemente asido del brazo; el cambiante dió un silbido y se abrió la puerta, y entró con su compañero forzado.

Habia una concurrencia muy linda, compuesta de seis ó siete caballeros con unas caras que daba miedo verlas.

—Estoy perdido, se dijo el jóven, en cuanto se vió en aquella estancia, alumbrada por un velón, porque cerrada la puerta y la ventana no habia otra luz.

—Aquí está este endevinado, dijo el que entraba.

—Vamos, pase V. y no tenga miedo.

—Caí en la ratonera, se dijo el hijo del sacristan.

Y empezó el siguiente diálogo:

